

LA FRONTERA CHINA-URSS

Los problemas fronterizos entre China y la URSS tienen «una existencia objetiva», dice el comunicado de Pekín, en el que se anuncia la apertura de negociaciones entre los dos países para tratar de resolver una cuestión que en algún momento ha podido hacer sospechar, fundadamente, que podía degenerar en una guerra mayor, sobre todo durante la batalla en el río Usuri el mes de marzo. El descenso de la tensión entre los dos países se inició el 11 de septiembre con la escala de Kosiguin en la capital china, donde se entrevistó con Chu En-Lai al regresar de los funerales de Ho Chi Minh. China explica ahora que su gobierno continuó esa entrevista con dos cartas enviadas a Moscú, una el 18 de septiembre y otra el 6 de octubre: de esta forma se atribuyen las iniciativas para la nueva paz, mientras que en Moscú se dice que la iniciativa es soviética, y que Kosiguin presentó ya a su interlocutor chino un plan completo de negociaciones, cuyo primer punto consistía en la negociación fronteriza y otros dos la supresión de guerra verbal, reanudando las relaciones diplomáticas normales y la posibilidad de ampliar los intercambios económicos. Estos dos últimos puntos no aparecen citados en los comunicados actuales, y la alusión a la «existencia objetiva» del problema fronterizo parece hacer suponer que todo se subordina a la solución de la cuestión militar fronteriza. Se asegura que las tropas de los dos países han descongestionado las zonas cálidas de la frontera con objeto de poder negociar «libres de amenazas», como dice el comunicado. En Washington se sigue con enorme interés esta negociación que podría traer, a la larga, una reconciliación general entre los dos países y modificar todo el juego de la política internacional. La opinión del Departamento de Estado parece ser la de que una reconciliación ideológica, que produjera un frente comunista unido, es una hipótesis lejana a la que sólo se podrá llegar después de la desaparición de Mao, y de profundos cambios interiores en la política soviética. Pero se tienen en cuenta dos hechos esenciales: el primero, que en el arreglo chino-soviético han intervenido, según parece, Rumania y Vietnam del Norte, lo que hace suponer un movimiento general del campo comunista hacia la reconciliación y, segundo, la lenta pero continua apertura de China hacia el exterior; no sólo han regresado a sus puestos los embajadores que habían sido retirados durante la «revolución cultural», sino que dos países occidentales y comprometidos con la OTAN, Italia y Canadá, están dispuestos a inaugurar relaciones diplomáticas y comerciales con China. Estados Unidos no pueden quedarse al margen de este movimiento que les aislaría y que, sobre todo, comprometería más aún su ya catastrófica política en Asia. El mismo día en que se anunciaba el comunicado chino-soviético, un portavoz del Departamento de Estado anunciaba que su país estaba dispuesto a reanudar sus contactos con China, a nivel de embajadores, «en Varsovia o donde sea». Recientemente, los Estados Unidos han levantado la prohibición de viajar a China, que pesaba sobre sus ciudadanos, y han comenzado a autorizar la compra de productos chinos en mercados extranjeros.



«¿Comprenderán los intelectuales y el público de otros países lo que estoy haciendo?», me pregunta Günter Grass. Desde hace un par de años, con Grass ya no se habla de literatura, de ideología, de cuestiones teóricas y de principios; el mejor escritor alemán de posguerra, el gran iconoclasta, el genial pornógrafo se ha transformado en el portavoz incómodo de la socialdemocracia, una mezcla de dureza, de buen sentido, de escepticismo y de pragmatismo que, en sentido peyorativo, ha sido comparado, no a Thomas Mann, sino a Gerhardt Hauptmann.

«Porque tengo la impresión que para todos nosotros, frente a un escritor, a un intelectual que se pone a hacer política, la cuestión se plantea siempre en términos ideológicos. Los intelectuales sienten la necesidad patológica de sentirse determinantes y de tener buena conciencia. En lo que a mí respecta, la cuestión ideológica en este sentido ha sido superada: no me considero un intelectual comprometido y mucho menos depositario y portador privilegiado de la "conciencia de la nación"; me considero un individuo que tiene como oficio el de escritor y que, como ciudadano, trabaja, y trabaja duro, para desalojar del poder al partido de la restauración y colocar en su puesto a la socialdemocracia (...).

«Concretamente, para mí todo comenzó en el año 64, cuando llevé a cabo una agotadora campaña electoral en 52 ciudades; todo comenzó en 1966, cuando rechacé públicamente la "gran coalición", y Brandt aceptara la discusión.

«Hace un año, Eberhard Jücker, profesor de Historia Moderna en Stuttgart, vino a Berlín a proponerme que volviera. Volví a empezar, pero con algunas condiciones. Así nació esta "iniciativa de los electores", que ha constituido el mayor triunfo de la propaganda socialdemocrática en estas elecciones.

«Es fácil decir en qué consiste esta iniciativa: se trata de una asociación no registrada de ciudadanos extraños al SPD, que se proponen apoyar este partido durante la campaña electoral, pero sobre todo ayudarle a calibrar sus propias posibilidades, a desprenderse de la timidez y de los complejos, escuchar las críticas que, a menudo, son feroces (...).

«Hemos tenido un éxito asombroso: por ejemplo, en Baviera. Este país tiene necesidad de reformas, el SPD tiene igualmente necesidad interna de una apertura, de un nuevo y moderno dinamismo, nos necesitan. Ayer noche fui a ver a Brandt: le dije que dos de nosotros participaríamos en el "Partelrat" (Comité Central del partido); me miró asom-

GÜNTER GRASS

"ACABAR CON LA VIEJA ALEMANIA"

brado y me dijo que sí. En este país, la poca democracia que tenemos hay que aprovecharla hasta el límite...».

Idas y venidas, suena el teléfono. Es un secretario de Estado. «Tiene gracia —dice Grass—, el presidente de la República me invita a cenar solo con él esta noche. ¿Qué voy a hacer yo con el presidente de la República? Pero fíjate cómo es este país. Heinemann ha liquidado el protocolo, los tapices rojos, el ceremonial. Dijo el primer día de su mandato que podíamos abandonar perfectamente la NATO, come a menudo con los sindicalistas, con los estudiantes y representantes obreros. El viejo Lübke está más que superado, y basta esto para que en Bonn se respire un aire completamente nuevo... ¿Cuáles son los problemas, los programas? Antes de nada está el problema de la política hacia el Este, y Kiesinger es el primero en reconocerlo. La postura de Brandt es de todos conocida. Lástima que la invasión de Checoslovaquia y todo lo demás haya favorecido considerablemente a los demócratacristianos. Aquí se trata de mantener relaciones, por ejemplo, con Polonia, al igual que Finlandia. Se debe evitar a toda costa el reconocimiento de Alemania Oriental como Estado extranjero, lo que galvanizaría enormemente el viejo telón de acero; lo que hace falta es un tratado fundamental entre las dos Alemanias, digo las dos: dos Estados, dos naciones, dos sociedades y las grandes potencias, y sobre esta base regular los intercambios comerciales, los problemas del tráfico, las relaciones culturales, intensificar la circulación de personas, ideas y cosas entre los dos países, y, naturalmente, garantizar el Estatuto de Berlín. Se trata de un problema muy importante, porque a los demócratacristianos les resulta siempre fácil restablecer una atmósfera de guerra fría y de anticomunismo demencial. Pero luego están los problemas de política interna, que según Kiesinger no existen, y el primero de los cuales es el de la «Mitbestimmung» (los comités de gestión empresariales), que, en mi opinión, está ligado a una serie de disposiciones necesarias referentes a la constitución de los patrimonios, de otro modo, con el regalo de un par de acciones a fin de año se neutraliza tranquilamente la co-gestión: los trabajadores se hacen la ilusión de que son pequeños capitalistas, abandonan los sindicatos y vuelven al seno de la vieja Alemania reaccionaria; pero que, sobre todo, está ligado a un «Betriebsverfassungsgesetz», especie de carta de trabajo que será la clave de la gran democracia social del futuro (...).

«(...) Yo solamente concibo programas a largo plazo —continúa Grass—, y el programa es: el estado industrial desarrollado hasta el límite máximo de su virtualidad igualitaria y social.

«La cuestión estriba en el social de la escasa democracia alemana, en el cambio de la vieja soberbia tradicional alemana por una gran democracia social, funcional y dinámica, intensamente integrada y semitalmente abierta... Un año o dos de gobierno de la socialdemocracia aliada con los liberales bastará para movilizar la opinión pública en el sentido de una perspectiva parecida y para nuevas elecciones. Significaría realmente el fin de la vieja Alemania». EUGENIO SCALFARI.